

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

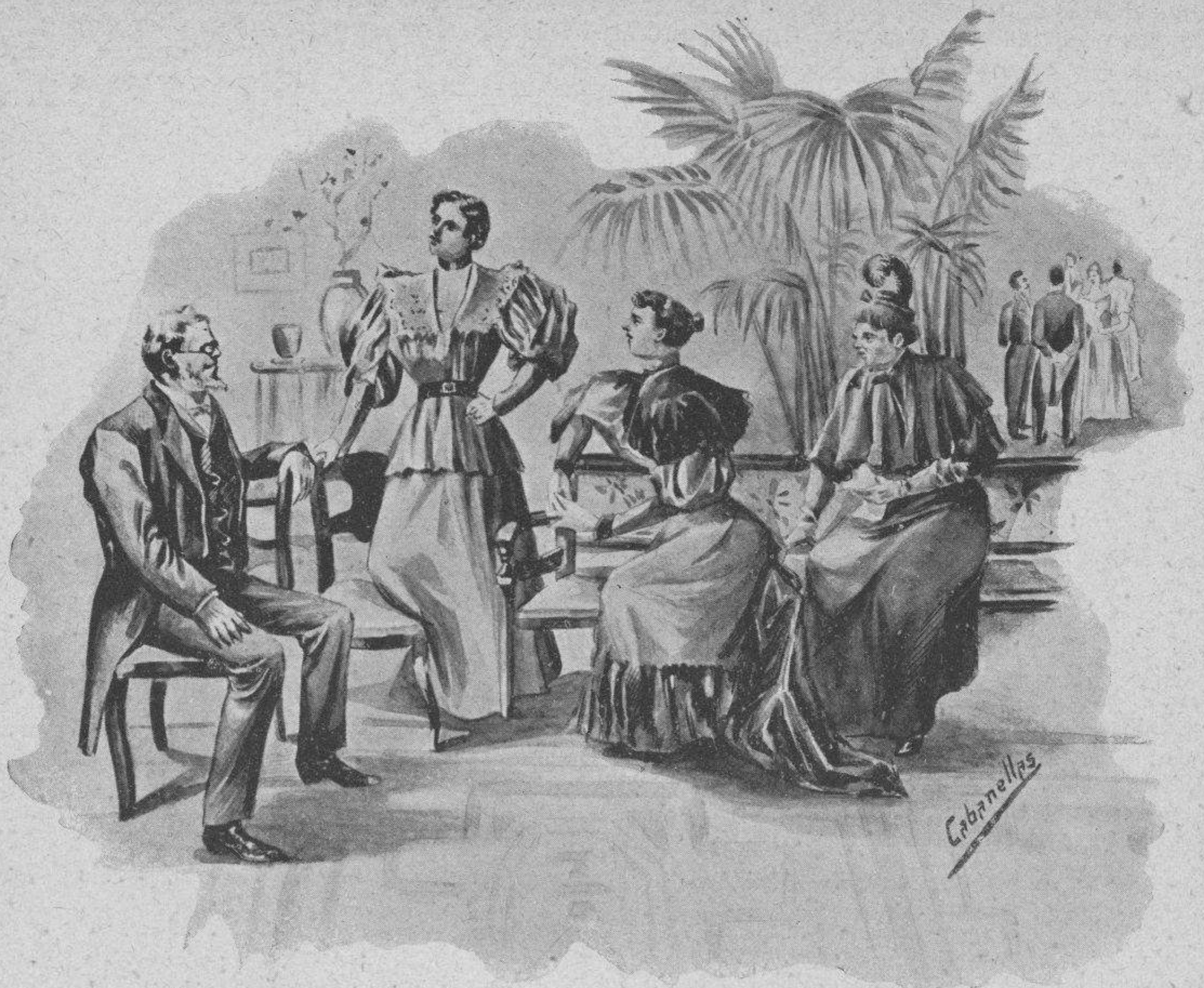
Barcelona 11 de Noviembre de 1897

Núm. 364

ARTISTAS



En Asia.— Lu-Kong



Memorias de un profesor ⁽¹⁾

La familia Requejo ocupa el segundo piso de un vasto caserón de la plazuela de San Ignacio. El profesor, su mujer, las cinco hijas, un primito y la criada, están más que á sus anchas en las diez ó doce piezas y los seis ó siete corredores que componen la habitación. Tendría ésta un aspecto de grandeza señorial á ser otro su decorado y menos visibles las mellás del tiempo. Lo destartalado de las habitaciones, las paredes blanqueadas ó cubiertas de un papel pintado que se cae á pedazos, los techos altísimos acribillados de goteras, las puertas y postigos de carcomida madera, ofrecen un conjunto ruinoso. Verdad es que Requejo paga por el alquiler una patarata.

Únicamente el salón tiene una fisonomía, digamoslo así, presentable con sus paredes tapizadas de papel verde obscuro casi nuevo, y el mobiliario de caoba y reps granate. Una cónsola con espejo dorado á un lado, un piano al otro, cuatro rinconeras recargadas de chirimbolos de yeso y de porcelana completan el ajuar de esta pieza principal.

Atestada anoche de cuanto más selecto encierra Malaguarda en su venerable recinto: el claustro de profesores en pleno con sus familias; las autoridades civil, judicial y militar; los primeros contribuyentes, y hasta un representante de la más legítima, auténtica y antigua nobleza de esta insigne urbe: D. Anacleto de Tiburalza, barón de Siete Peñas, un viejecito crapuloso, arruinado, dueño todavía (lo único casi que le queda), de la casa que habitan los Requejo y cuyo primer piso ocupa. Sesenta concurrentes por lo menos, entre machos y hembras, formando una de las más exquisitas colecciones de tipos que me haya sido dado el contemplar en mi vida.

Tipos físicos y tipos indumentarios... las damas, sentadas en espacioso círculo (para lo cual había sido menester la movilización de toda la sillería de la casa, incluso la de la cocina y un banco del vestíbulo), guardaban una actitud severa, casi hostil, mirándose

(1) Véase el número anterior.

unas á otras con el rabo del ojo ; á penas si de cuando en cuando, sin soltar por ello su rigidez y su tiesura, cruzaban algunas palabras con sus vecinas, para volver al mismo silencioso recogimiento que dos horas antes observaban en la novena de los Jesuitas. Con la diferencia que en vez de pensar entonces en la salvación de sus almas austeras, dedicábanse con voraz curiosidad, adivinada en el brillo de sus ojos, á examinar en sus menores detalles aquel derroche de lujo y de elegancia á que todas se habían entregado para corresponder dignamente á la invitación de doña Engracia.

¡ Y que... fenomenales estaban todas ! ¡ Qué arte más disparatado el que las inspirara en la elección de colores y adornos ! ¡ Qué horribles parecían las matronas y qué poco agraciadas las jóvenes ! Bastaba una simple ojeada para comprender cuán poco familiares habían de ser los primores y el *sentimiento* de la moda á unas mujeres aprisionadas desde la cuna, dentro del ambiente raquíptico de la ciudad levítica... Y al contemplar el espectáculo que ofrecía el doble círculo de las *elegantas* de Malaguarda, sumidas en una inmovilidad de muñecas, en un mutismo estúpido, enjaezadas inarmónicamente, con una pesadez, un mal gusto inverosímiles, sentía redoblar la sorpresa que me había inspirado la revolucionaria tentativa de D. Isidoro y de D.^a Engracia.

El sexo feo estaba á la altura del otro : hay que hacerle justicia. Un caricaturista hubiese brincado de gozo en medio de aquella colección magnífica de ejemplares que no teniendo donde sentarse, se agrupaban en las alcobas contiguas al salón ó en los corredores por donde soplaba un cierzo capaz de helar á un hijo de la Laponia. (Cierran tan mal las puertas y las ventanas de ese gran caserón). Jamás habría creído posible la pintoresca amalgama de un repertorio tan heterogéneo como el que me ofrecían aquellas levitas, largas las unas como sotanas, cortas las otras como casaquines de tropa ; de chalecos blancos, negros, floreados, de paño, de piqué, de terciopelo ; de pantalones de hechuras increíbles, de cuellos y de corbatas cual se usaban en tiempos de Mendizábal... hasta dos fracs se exhibían en la reunión de Requejo : el uno perteneciente á D. Isidoro, no tenía nada de particular ; su antigüedad no debía datar de más allá de dos lustros ; pero el otro, el que vestía D. Casto, nuestro dignísimo alcalde, era sencillamente un



portento, una obra maestra del género cómico con su cuello anchísimo y altísimo empeñado en subir, en subir hasta la coronilla de su dueño; sus mangas ajustadas que se negaban obstinadamente á llegar á las muñecas, y sus faldones exiguos, cortos, muy cortitos, balanceándose, pero sin cubrirlas, sobre las enormes posaderas de D. Casto. El cual, temeroso de que un gesto algo brusco produjese una rotura inminente en las costuras, no se atrevía á mover la parte superior del cuerpo y andaba de un lado á otro con la cabeza enhiesta, congestionada, sonriendo bestialmente, arqueados los brazos, colgantes las manazas no muy limpias y en exceso vellosas.

Junto á él deslizábase con movimientos de reptil, su lugarteniente D. Matías, embutido en su inevitable levitón negro, sobre cuyas solapas se destacaba el lazo monumental de una corbata blanca: ningún matiz más á propósito para hacer resaltar la fealdad del rostro exangüe del usurero, que imitando el ejemplo de su superior jerárquico administrativo; paseaba acá y acullá, enseñando una doble hilera de dientes negruzcos, su sonrisa estulta.

— Reunión muy lucida, muy lucida, lucidísima... — decía con su voz destemplada, dirigiéndose á Requejo que con las manos en el bolsillo no sabía qué actitud tomar delante de aquella concurrencia que invadía la casa y dudaba probablemente de si se encontraba en su propio domicilio ó en el ajeno. Qué diferente su ademán tímido y pacato del de D. Isidoro, á quien se veía pasar triunfante, entrar y salir del salón erguida la cabeza, como saboreando el éxito de su atrevida empresa.

— Ya ven ustedes, — decía, — ya lo ven ustedes. La buena sociedad de Malaguarda sabe responder á un llamamiento en forma, y demuestra con su presencia que el espíritu de... de... cultura, esto es, de cultura y de... amor al arte, lejos, muy lejos de estar debilitado y... ¿cómo diré? atrofiado... esto es, atrofiado, vive y sólo aguarda un momento... una oportunidad de... de... manifestar su necesidad de expansión.

Un murmullo de aprobación acogía estas palabras, y Tandilla, radiante, principiaba un segundo *speech* para convencer á sus oyentes acerca de esa «necesidad de expansión» tan... tan, esto es, tan necesario, tan indispensable para el desarrollo del movimiento intelectual y social de una población que como Malaguarda contaba, sin sospecharlo seguramente, valiosísimos é inapreciables elementos para que la vida pública de las clases directoras, pudientes, tomase nuevos rumbos en armonía, por supuesto, en armonía ineludible con los más venerandos, firmísimos é inapelables principios morales, jurídicos y religiosos, sobre todo eso, eminentemente religiosos, que en todas épocas habían caracterizado el modo de ser, el criterio tendencioso, íntimo, arraigadísimo, inquebrantable de una población morigerada cual ninguna otra de España, y en la que tenía él, Isidoro Tandilla, por timbre de gloria ejercer el «sacerdocio del profesorado».

Nuevo murmullo de aprobación, acentuado por algunos «muy bien».

— Pues yo, francamente, no sé... no sé...

Esa nota discrepante acompañada de un mohín de hocico y de un carraspeo expresivo, habíala soltado un viejecito cuya testa ofrecía singular similitud con la de un ternero. Era D. Galo Mizquerdis, notario de Malaguarda, sumamente rico, según acusaba la voz pública, y de una avaricia capaz de causar celos al Gran Tacaño: de una devoción ejemplar (oía dos misas diarias, confesaba todos los jueves y domingos, no dejaba una novena y sus ayunos eran citados como modelos), de una severidad de costumbres irreprochables hasta el punto de haber hecho voto de castidad ante el altar de San Luís Gonzaga, cuando se murió su esposa, de sobreparto, D. Galo goza en nuestra urbe de una reputación de casi santidad. Así es que su presencia en los salones de D.^a Engracia, había causado cierto asombro y al escuchar su «no sé... no sé...» debió de preguntarse Tandilla, entre escamado y receloso, si el notario no había asistido á la fiesta con el maquiavélico propósito de hacer abortar en flor el plan de reformas sociales imaginado é inaugurado tan brillantemente.

— No sé... no sé... — repitió meneando su testa de derecha á izquierda el depositario de la fe pública. — Las innovaciones siempre son peligrosas; y francamente, no sé hasta qué punto convenía introducir en nuestra sociedad hábitos y costumbres que le son á todas luces extrañas y casi diría exóticas. Por una vez... pase; pero si se tratase de implantar aquí usos cortesanos, prácticas mundanas cuya utilidad no se me alcanza, pero cuyos inconvenientes saltan á la vista... no sé, á la verdad, no sé, si...

— Permítame usted, amigo D. Galo, — interrumpió Tandilla con visible inquietud, — permítame usted...

— Aparte de muchas otras consideraciones de orden puramente moral y religioso que en este momento y en este lugar no creo oportuno discutir, — prosiguió impertérrito el notario, — se presenta desde luego una objeción importantísima de orden económico y de grave trascendencia para las familias acostumbradas, como las nuestras, á la sencillez en el vestir y para quienes el escandaloso lujo femenino de las grandes ciudades...

— Permítame usted... — volvió á interrumpir cada vez más azorado D. Isidoro, al

escuchar de labios de Mizquerdis los mismos argumentos que oyera de los del Padre Perojo, y sospechando quizás que el primero había sido enviado por el segundo, para introducir el pánico en las conciencias. — Permítame usted que le diga...

Iba probablemente á trabarse una discusión entre el profesor y el notario, pero vino á cortarla con gran satisfacción de aquél la llegada de un mocito escuálido, anémico, que con voz atiplada preguntó :

— Papá, dice D.^a Engracia, si puede empezar ya el concierto.

— Pues, yo lo creo... Sí, que empiece, puesto que no falta nadie, — exclamó gozoso D. Isidoro, saliéndose del corro y lanzándose al salón.

JUAN BUSCÓN.

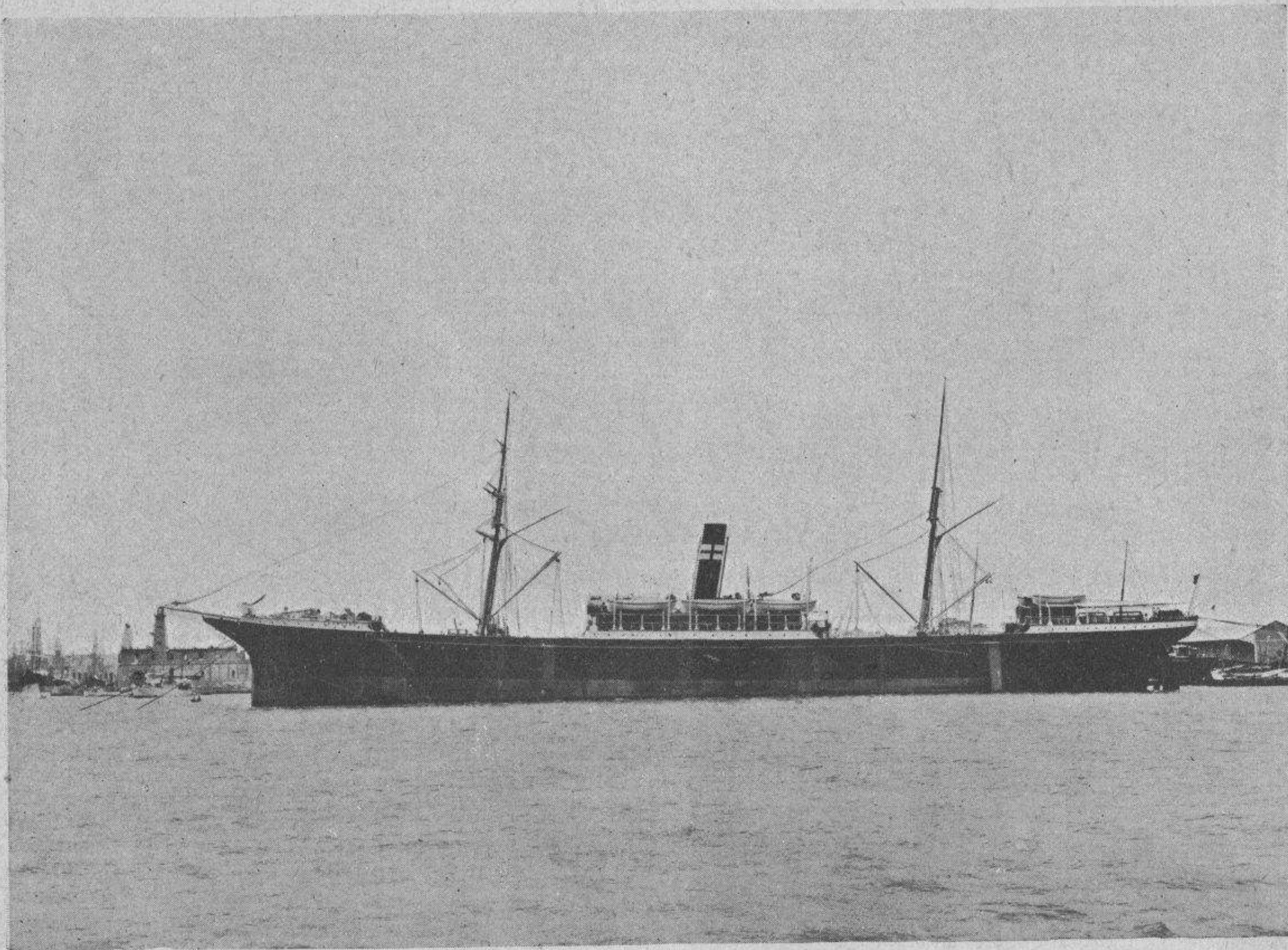
Tus perlas

Fué una lágrima perdida
desde tus ojos al mar,
abriéronse las espumas;
resbaló sobre el cristal;
y en blanco nido de perlas
yendo leve á reposar,
al verla sobre la roca
como temible rival,
envidiosas se ocultaron
para no salir jamás.

Desde entonces, prenda mía,
todas las perlas del mar
viven ocultas en conchas;
la arena abrigo les da;
mientras que tú, cuando empaña
tus ojos llanto fugaz,
libres y puras las viertes
en suavísimo raudal,
más brillantes, más hermosas
que las perlas de la mar.

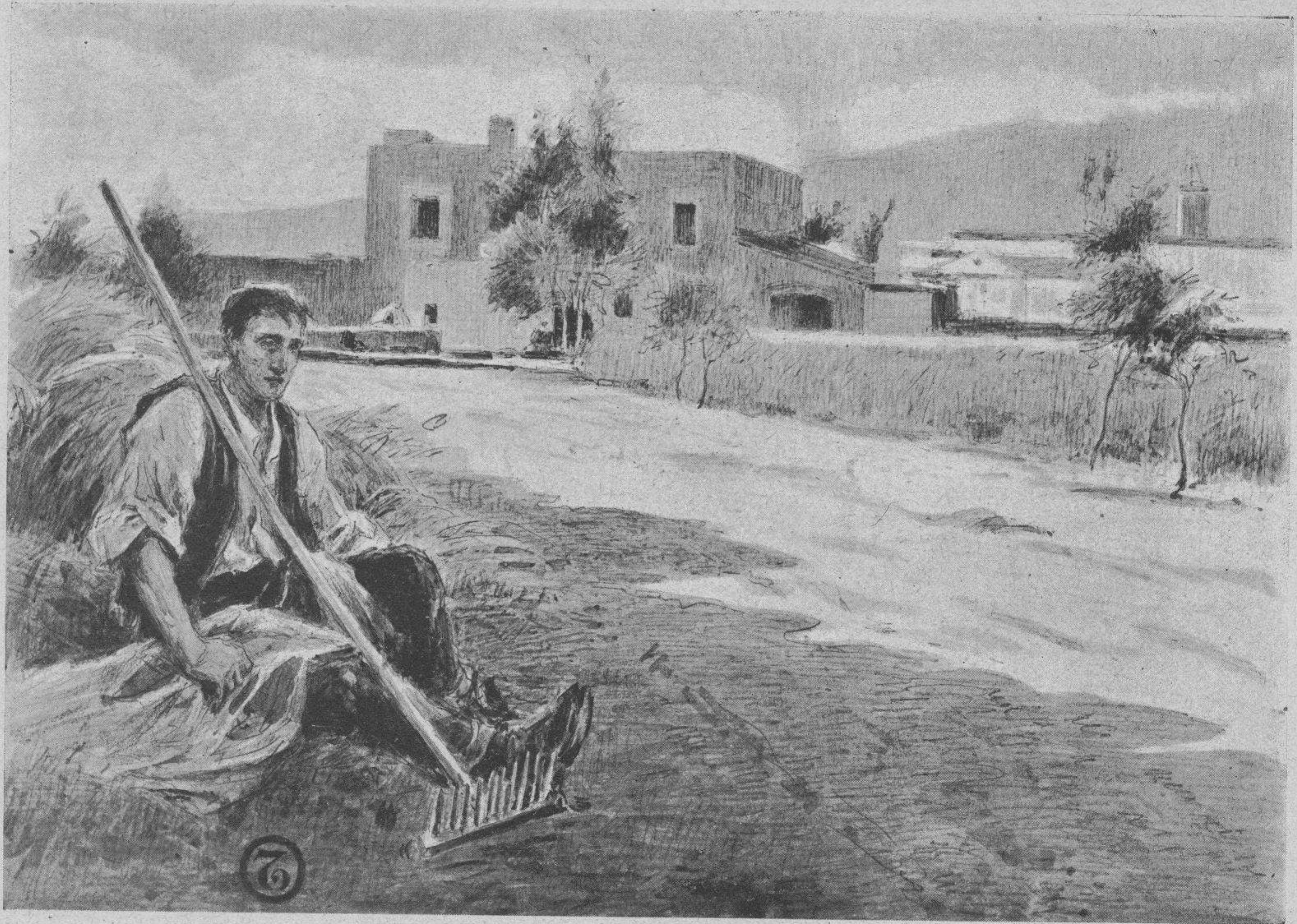
RAFAEL SERRANO ALCAZAR.

MARINA MERCANTE



El vapor Catalina, en este puerto

J. TRIADÓ



El descanso

El sueño de una noche de verano

La Larga, sin cuidarse lo más mínimo de las pestes que arrojaba por su mal oliente boca la patrona de aquel antro, cogió una silla, que daba un gemido á cada escalón, y tirando de ella llegó al terrado. La noche era calurosa. Sólo se sentía ansia de descanso. La brisa marina, que llegaba hasta allí, convidaba con su frescura al sueño. La Larga se acomodó lo mejor que pudo en la silla, y dejó errar la mirada por el laberinto inextricable que formaban los tejados, azoteas, chimeneas, palomares; la fijó después en la alta chimenea de la gran fábrica vecina, que echaba bocanadas de humo; pensó que la luna, que brillaba en lo alto, parecía un enorme tragaluz; le indignó el murmullo de las máquinas, y se durmió al cabo sin pensar absolutamente en nada. El run-run de la guitarra, que abajo rasgueaba el Dimoni, arrulló su sueño.

Durmió mucho rato sin que ninguna visión se presentara á su mente, con el sueño pesado que descansa y regenera. Pero poco á poco despertó la dormida imaginación, y Concha se halló transportada á un fermentado barrio de la ciudad vieja. Allí vió una casa, y como si las paredes que rezumaban humedad fuesen de cristal, vió una habitación grande y destartalada, que á un tiempo era cocina y comedor y dormitorio.

Había allí dos ó tres arrapiezos harapientos y pringosos, que jugaban junto á la puerta de la escalera, esperando que llegaran del taller los autores de sus días. Aquella mesa, con una pata coja, aquel jergón, que mostraba la paja podrida de sus entrañas, el cántaro polvoriento, las sillas lisiadas, los cubiertos negruzcos, la gran cama de pino, los cristales adornados con pegotes de papel, el olor especial de aquel cuartucho, y el ruido continuo, monótono, ensordecedor de los telares de la fábrica más próxima á la casa, todo aquello lo conoció Concha sin vacilar. Y cuando llegó un hombre, que empezó á vociferar, porque su esposa no había preparado la cena, y repartió una tanda de punta-piés y cachetes á los chiquillos, Concha no pudo equivocarse: aquel cuarto era el que le sirvió de cuna, aquel hombre era su padre y aquellos chiquilloseran ella y sus hermanos. Cuando llegó la madre se armó una tremolina de mil demonios, y algunos golpes que se

RONDEL



Preparándose para el baile



El cántaro á la fuente

perdieron fueron á parar á las espaldas de los chicos, que lloraban á moco y baba. En una de las acometidas se volcó por el suelo la cena. El papá se marchó á la taberna; la mamá desfiló por su lado, y los arrapiezos se acostaron sin cenar.

Con la rapidísima visión del sueño, Concha la Larga vió que aquellas escenas se repetían con una frecuencia desconsoladora. Después, cuando fué talludita, un día su padre la llevó consigo á la fábrica, y empezó para ella su labor de bestia de carga, atronados sus oídos por el eterno tic-tac de los telares, embrutecidos sus ojos por el vaivén inacabable de las lanzaderas, que iban y venían alocadas, cumpliendo un trabajo que maldito lo que les importaba, caminando sin descanso, corriendo hasta gastarse, substituídas luego por otras, que á su vez se cansaban y morían.

Concha vió que un día, en el seno de aquella atmósfera pestilente, empezó su sangre á hervir á impulsos de un deseo jamás sentido, pero ya previsto. La muchacha era mujer. Un hombre de los que trabajaban cerca de ella le dijo unas palabras, y al día siguiente pretextó hallarse mala y se quedó en casa. Un hombre entró, y sin prolegómenos, sin frases de esas que á nada conducen, Concha se entregó al intruso.

Su existencia continuó monótona y aburrida, como antes. Su adorador se cansó de ella, y como á su vez ya no podía tragarlo la joven, aquel amor acabó como todos: por cansancio, por hastío.

La fábrica continuaba murmurando su eterno tic-tac; las lanzaderas cumplían sus viajes sin término; la atmósfera de la cuadra era tan pestilente como siempre.

¿Fué su juventud aprisionada la que le indujo á la rebelión, la que le pidió libertad, luz, aire, vida? No lo supo nunca Concha. Pero un día salió de su casa y no acudió á la fábrica. No quería trabajar más. Pues al lupanar con su cuerpo.

La suerte se empeñaba en fastidiarla. También en su nueva morada se respiraba una atmósfera corrompida y caían los golpes como lluvia menuda, y hasta durante el sueño oía distintamente el tic-tac de las perversas máquinas.

La última visión que tuvo Concha fué que ella se había convertido en lanzadera; sólo que en vez de correr á través de unos hilos, atravesaba continuamente un montón de basura, materia muy difícil de tejer.

La noche había pasado. Las primeras claridades del alba hacían palidecer las estrellas. Concha despertó, y después de lanzar una blasfemia:

— ¡ Maldito sueño ! — dijo.

A. RIERA.

Questión personal

Esquela pá entregar en propia mano
al señor direztor de LA SAETA.

Muy señor direztor: Yo y Maquinillas,
que semos dos heraldos de la prensa,
es decir, que vendemos los periódicos
por mor de aligenciarnos unas perras,
hemos tenío una cuestión muy grave
y nos hemos tentáo la ropa puesta.

Estábamos anoche discutiendo
si era ministro el general Correa,
si el obispo de Palma tié pupila
y si terminará pronto la guerra,
cuando fué el Maquinillas, y me dijo
que pá saber las cosas con certeza
y poder discutir con razocinio
y no meter la pata y ser un bestia,
debía yo estudiar geograffa
y la seción de partes de Mencheta.

Estuvimos un rato sosteniendo
lo que llaman ustés la controversia
y de la discusión brotó un sopapo,
que me hizo trasportarme á las Américas,
á pesar de que estábamos metíos
en la tienda de frutas de la Tuerta.
Yo contesté á su nota diplomática
con un capón que le alteró las muelas
y el amo de la casa, por calmarnos,
cogió un garrote igual que una palmera,
y nos estima tanto, que tuvimos,
pá apaciguarle, que tomar la puerta.
Pero tan sofocáos íbamos todos,
que Máquinas y yo, sin darnos cuenta,

él tomó pá la plaza de Palacio
y yo fuí á respirar á Vallvidrera.

Cuando llegué corriendo con el ansia
de ver á ese morral y hacerlo yesca,
tuve la mala sombra de encontrarme
con dos miembros ú tres de la secreta,
los cuales me tomaron por un ébrido,
á pesar de que yo no hacía letras;
y suprimiendo tóas las garantías
me dieron dos patás en sano sea,
que me han dejáo la parte recipiente
pá no poder sentarme ni hacer fuerza.

Pasé en el cuartelillo la gran noche,
con un ansia, un mareo y unas penas,
que otro en mi puesto hubiera provocado
algo muy negro que dejase huella.
Pero yo me contuve, porque en eso
se ha de probar la lacha y la decencia;
y esta mañana me he rascao los pelos
y he puesto estos renglones, pá que vea
el público que soy un hombre dizno,
la autoridaz que no soy lo que piensa
y que sepa el morral de Maquinillas
que le voy á romper alguna pieza,
en cuanto que me quiten las dos pilmas
que llevo donde acaba la chaqueta.
Dé, señor direztor, por ese su órgano
cabida en cualquier parte á mi protesta
y mande usté á su servidor y amigo
que no le besa nada — *Juan el Menchas*.
(En las tablas del muelle algunas noches
suelo vivir, pá aquello que se ofrezca).

V. SERRANO CLAVERO.



Dulzuras del hogar

La prole de don Pánfilo

I

Era don Pánfilo Trecepeñas un original, y como á tal reputado en el pueblo en donde radicaban él y sus bienes muebles, raíces y semovientes.

Tenía ideas propias, suyas, de él, excepción hecha de la idea de casamiento, que celebró allá por los años de la nanita, con una señora, antes señorita, ni flaca ni gorda, ni fea ni guapa, pero que como coneja, me río yo de los prolíficos y domésticos roedores.

Era una bendición de Dios la buena de doña Emérita.

Un sietemesino, uno de su tiempo, y vuelta á empezar.

Y aquí de las ideas propias de don Pánfilo.

El primero se llamó Agrícola.

El padre vicario, reverendo don Antolín Cogulla, frunció el entrecejo, y lo tenía poblado el reverendo.

J. PASSOS



La modelo

— ¡Agrícola... Agrícola, — murmuraba mientras se ponía el sobrepelliz para imprimir el agua baptismal y el óleo santo al recién nacido... ¿Qué es Agrícola y para qué sirve eso?

— En el martirologio se lo dirán á usted, amigo y padre señor Cogulla... tan santo como San Antolín, pongo por caso.

— ¿Tan santo? Convenido: pero huele á pagano que apesta.

— ¡Bah! Y usted perdone, padre vicario: usted se acuerda del codillo de anoche.

— Porque arrastré de mala.

Y se llamó Agrícola.

— ¿Por qué?

II

Asentaba el edificio de su teoría el señor Trecepeñas sobre una base tan arbitraria como soñadora; pero si se le dejaba decir, llevaba el convencimiento al ánimo de sus oyentes, amontonando la hojarasca de no digeridas lecturas.

— Sí, sí, — decía: — el sino de la criatura empieza con el nombre. ¿Al imponérsele el agua del Jordán (*flor retórica*) al feto (*erudición forense*), no convertimos un sér infernal (*golpe de tos*) en un querube alado? (*rasgo poético*). Bueno; vayamos á la historia: Augusto fué en grado superior. Demóstenes, el gran orador, llevaba en su nombre lo que fué: — Regocijo del pueblo. — Tiberio, asimismo llevaba en su patronimio la crueldad; su reinado fué un completo tiberio y *sic de ceteris*. — Mis hijos se llamarán lo que serán.

Agrícola fué labrador. A él se debe el ingerto del cohombro sobre el melón. El híbrido resultó ser un calabacín exótico, que lleva su nombre. Hubiera ido más allá, pero el Banco Hipotecario le ejecutó las fincas.

Léxico se llamó el segundo. Jurisconsulto de empeño, consiguió, acumulando citas no vulgares, que á un asesino convicto y confeso, por él patrocinado, y condenado á tres penas de muerte, se le impusiera sólo una, y se declararan las costas de oficio, puesto que el reo era insolvente.

Generosa, la primogénita, lo fué en demasía.

Modesto se hizo aborrecer hasta de su propia madre, por bomboso é inmodesto.

Y Filadeo, teniendo nueve años, ahogó entre sus brazos á Polibio, su hermanito, que tenía cinco.

III

Don Pánfilo no reconoció su error ni en *extremis*.

— Me he equivocado sencillamente — dijo entre dos boqueadas: — hay que poner un nombre precisamente todo lo contrario á lo que se quiere... cuando son varones. En cuanto á hembras, ahí está Generosa... Y yo como excepción, puesto que me llamo Pánfilo.

Y expiró el bueno de Trecepeñas, mustio é inconfeso.

R. ORTS-RAMOS.

Alealá de Henares

¡ Oh, tú, la del Henares, ciudad tranquila!
Yo te guardo en el fondo de mi pupila.
¡ Cuándo, fantaseando, los ojos cierro,
Te contemplo á las plantas de humilde cerro,
Envuelta en los cendales de verde seda
Que tejieron las frondas de tu arboleda,
Recogiendo las mieses de tu amplio llano,
Tan severo y grandioso, tan castellano!
En tí surgen dos sombras, ambas gigantes:
Las sombras de Cisneros y de Cervantes.
¡ A tu gloria bastaron ellas dos solas;
No por grandes y excelsas, por españolas!
El franciscano insigne, que aulas levanta,
Y en el Africa adusta su enseña planta;
El audaz gobernante que justiciero
Mide á chicos y grandes con un rasero;
El que afirmando el Trono dispone el plinto

A la estatua arrogante de Carlos Quinto
El soldado poeta, que inmortal brilla;
El pobre alcabalero de Argamasilla;
El que tuvo la extraña visión hermosa
Del ideal en lucha con la vil prosa,
Y no dió — el buen sentido sacando á flote —
El triunfo á Sancho Panza ni á don Quijote.
¡ Oh, tú, la del Henares, ciudad tranquila!
¡ La del sesudo juicio, que hoy no se estila!
Oculta esas dos sombras, gloriosas antes;
¿ Qué importa ya Cisneros, ni qué Cervantes?
La gravedad hispana guarda en tu Archivo.
Este siglo, que tachan de positivo,
A todas las locuras abre la puerta,
Y la España, tan brava, viva y despierta,
Hoy condena dos cosas á eclipse eterno,
Y son: el buen sentido y el buen gobierno.

TEODORO LLORENTE.

CUCHY



La Verdad, limpiando su espejo

Pensión française

Un francés, casó hace un mes,
con una linda señora
de su casa, y profesora
Normal, por lo que el francés
montó un colegio en Avora.

Y digo así, porque allí,
solicitos acudieron
tantos niños cual cupieron,
y según yo luego ví
grandes cosas aprendieron.

Que él dando lengua francesa
y ella enseñando labores,
inculcaban mil primores;

desde poner una mesa
á traducir los autores.

Los padres, felicitaron
á los cónyuges en masa,
y con sus bombos sin tasa,
á nuestro francés tocaron
en su modestia no escasa.

Tanto, que dijo sin mengua,
á los papás y mamás:

¡Mi muquer... que je... non pas!

¡Je, sólo enseñar la lengua,
y ella... enseña lo demás!

BACH. SANSÓN CARRASCO.

GABRIEL MAX



Juana de Arco, en el suplicio

Zola quiere ser diputado, si no fallan las crónicas. ¿Tendrá electores? Presumo que no han de negarle el voto sus compratricos, entre otras cosas, porque no son ciudadanos de las Batuecas y saben honrar á sus ilustres.

No sé si Zola pertenece á la política, pero me consta que su partido es inmenso, innumerable; es decir, que puede contar con todo lo necesario para el triunfo de su elección, si los franceses están disciplinados (moralmente), hechos al uso y al respeto de las leyes, según la fama nos pregona.

Es verdad que nuestros vecinos tienen una Academia que vale por lo menos la del Sr. Conde de Cheste, y que allí ha sido derrotado Zola; pero la Academia no es el Parlamento, sencillamente, porque entre los académicos, y los comerciantes, y los mercaderes, y los ebánistas, y los carpinteros, y los albañiles... y, en suma, todos los que no son inmortales por decreto, hay diferencia no escasa. En la Academia, trátase de una Monarquía ó de una República, no *entran* las reformas, y menos, mucho menos, el sufragio universal. Víctor Hugo venció, después de muchas derrotas, cuando los académicos cayeron en la cuenta de que todos ellos

juntos no sumaban la fuerza moral de quien iba al frente de su cultura: de un hombre que había lamentado la condición humana de Cleopatra, él, que era casi un Dios; que había herido de muerte á los déspotas; que irguiéndose delante de Napoleón III, apostrofaba iracundo á los que conducían al pueblo á la catástrofe, tan bien contada por Zola, y que no podía descubrirse sino hablando de Concepción Arenal, para gloria nuestra, para perdurable elogio de los españoles.

No es censurable que un ciudadano útil á su país quiera representarle en las Cámaras; esa aspiración equivale á una virtud, aunque el falseamiento del sistema, y las maniobras de las gentes vayan en desprestigio de la ley electoral. En un pueblo de encasillados, la virtud se convierte en vicio; aquí en España, por ejemplo, la Diputación á Cortes no es diploma que halague á los sobresalientes, porque se alcanza á porrazos ó se consigue á tiros; porque basta que el colegio de un distrito tan liberal como el de Cartagena arroje, burlándose del censo, más votos que toda la circunscripción junta; porque depende, en último caso, el triunfo de la tolerancia que vengan en conceder, como de limosna, los poderes. Si el ser Diputado equivaliese á poseer la confianza de los electores, á representar al pueblo que elige, ¿no resultaría distinción envidiable?

Pues en tal caso se halla Zo'a. Ha de vencer su candidatura, si el sufragio es derecho verdaderamente popular en Francia. Aquí ya sabemos que nó: que en todas las maniobras electorales hay brazos omnímodos á lo Cheste; y que para hombres como Zola, tan difícil resulta ser académico como ser diputado.



En el Serrallo

Lo que se recrimina á Zola es que en sus mocedades ha escrito contra la Academia y contra la política. Y ahora el novelista es inconsecuente, desea ser inmortal de oficio y no tener que recurrir al billete de favor para sentarse en el Parlamento. Lo uno tómesese como vanidad disculpable. Yo no respondo de que andando el tiempo rehuse los sufragios de la Española: ¡verdad grande es que no confío en ser perdurablemente joven como Canalejas ó como Rueda, ni cuento con deber favores á muchos Commeleranes de los que trastean en el léxico! Lo otro tiene explicación.

Zola pudo decir que el artista no debe depender honrosamente más que de su arte y ambicionar ahora cadenas que le sujeten. Zola no necesita dedicar todas sus aptitudes y todas sus fuerzas á la literatura. Su labor está poco menos que cumplida... Le han sobrado años, y así como hasta lo presente luchó en el libro por la cultura de su época, por la elevación de su raza, es justo que desee terminar una existencia útil, utilísima, sirviendo á su país.

¿Hay en ello inconsecuencia? Nó, no la háy. Sávanse los principios mucho mejor que cuando uno de nuestros notables se convierte en tráfuga de sus ideas.

Zola aspira á la esclavitud cuando no puede perjudicar una nueva condición á la independencia del novelista. Y esto no está dicho en su desdoro: Zola diputado, no anulará ni al artista ni á su obra: y para los jóvenes su conclusión sigue siendo indiscutible.

Y ahora... ustedes perdonen que haya tratado este asunto en serio. Hay cosas que no admiten la agudeza del epigrama.

J. F. LUJÁN.

T. VEREZOLI



Estudio del natural



Se aleja el nublado



Está de Dios y de esos poetas que no he de salir de sustos. Cogen unos versos publicados en cualquier periódico, los copian en una cuartilla con la mejor letra posible para que me sirvan los trazos de recomendación, firmanlos y los remiten.

Me gustan los graciosos, me deleitan las gracias, pero no tanto, señores.

Porque ¿cómo va uno á leer ó á tener presente todo lo que escriben esos chicos enamorados de la poesía, que se multiplican, que es un dolor? Imposible. No bastaría una existencia, ni dos, ni tres; hay ripios para rato.

Pues bien: en el núm. 362 van unos versos que remitió Rafael Maroto. Y he recibido una carta de Miguel Isanta en que me ruega haga constar que las tales rayas cortas son tuyas, enteramente tuyas. Para demostrarlo me remite un número de un periódico en que con su firma se ven publicados. Además recuerdo á Isanta.

¿Son de Isanta? ¿Son de Maroto? Hágame un lío de confusiones. Es presumible que tenga razón el primero; por mi parte prometo no volver á publicar nada del segundo, mientras no justifique su paternidad.

Y como no es justo que el desahogo de unos cuantos perjudique á todos, en lo sucesivo sacaré á la vergüenza pública con los más negros colores y con las más duras palabras á quien caiga en la tentación de firmar lo ageno.

Cosa que no deja de ser un robo.



— El día en que me muera, ídolo mío,
¿me escribirás al cielo alguna carta?

— No, vida de mi vida,
porque iré yo á llevártela.

Luís RAM DE VIU.



Un caballero, á quien declararon cesante en un arreglo, hablaba con calor en el café la noche siguiente, diciendo entre otras cosas, que su cesantía había de costar la vida á más de mil personas.

Un agente de policía que lo oyó, dió parte al cabo, éste al celador, el celador al inspector, y así sucesivamente hasta que llegó á oídos del Gobernador, quien mandó en el acto prender á aquel hombre y llevarlo á su presencia.

— ¿Es cierto, le dijo el Gobernador, que usted ha dicho...?

— Sí, señor; he dicho eso y lo cumpliré.

— ¿Y cree usted que se le permitirá?

— ¿Y por qué no, si por las muertes que yo haga no me puede perseguir la justicia?

— ¡Ah! ¿con que puede usted matar á los demás y pasearse después por la calle, tan fresco como si tal cosa?

— Por supuesto; como que soy médico, pienso ejercer la profesión y creo que Dios me dará buena cosecha de enfermos.



Solución á la charada del número anterior:
CAROLINA.

Correspondencia

D. Gonzalo. — Castellón.

« Ven, mujer, á este balcón;
yo deseo que recuerdes
aquel beso de pasión... »

¡ Comendador, que te pierdes !

R. C. — Madrid. — ¡ Cuál prodigas tus escritos !

Pero mal rayo me parta
si al recibir otra carta
doy los cinco centimitos.

Sportman. — ¿ « Cantos » á la bicicleta ?

Porrazo seguro.

C. P. — Madrid. — Ya hemos quedado en que D. Carlos como R... no adelanta y usted como escritor tampoco.

A. B. C. Sar. — Oviedo. — ¿ Versos cojos y esa firma ? . .
¡ Basta ! ¡ Usted es Bruto !

Cascarilla. — ¡ Buena letra, amigo !

R. M. — « Entré sollozando,
me quité el sombrero,
ilegué hasta su tumba
impaciente y trémulo... »
¡ Dios mío, qué malos
que son esos versos !

P. de L. — El que, como usted, dedica endecasílabos á los panaderos es capaz de tragarse la cena de los Apóstoles.

Tapioca. — Veo que el mejor día revienta usted como una bomba de dinamita.

Y el correo que aquí dejo pendiente,
contestaré en el número siguiente.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre 6 pesetas

Año 11 »

Extranjero y Ultramar, un año 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona